



J. H. Newman, hoy*

Víctor García Ruiz

José Morales

Alejandro Llano

Semblanza, o centón Newmaniano, Víctor
García Ruiz, 2

El significado de Newman en la Iglesia, José
Morales, 14

Newman y la universidad, Alejandro Llano, 24

SEMBLANZA, O CENTÓN NEWMANIANO

Víctor García Ruiz

Elaboro mínimamente los textos que expuse oralmente durante la jornada dedicada a *Newman*, hoy organizada por el Instituto de Antropología y Ética que se celebró el 14 de octubre de 2010. Soy consciente, y pido disculpas, por el tono abrupto y lleno de esquinas que predomina en estas páginas, en las que solo pretendo abordar esquemáticamente algunos puntos, partiendo de una selección de citas newmanianas, en la que subrayo a voluntad. Confío en que la fuerza de los textos compense la pobreza de mi exposición.

Agradezco, por último, al Instituto que contribuya tan eficazmente a la difusión del pensamiento y la vida ejemplar del beato Newman.

1. Sentido religioso. Conversión

La especie de diario íntimo que Newman llevó durante los años 1859 y 1879 registra las siguientes palabras, a 25 de junio de 1869:

«He tenido tres enfermedades graves en mi vida, y hay que ver cómo me cambiaron. La primera, aguda y tremenda, siendo un chaval de quince años, *me hizo cristiano*; antes y después hubo cosas espantosas, que solo Dios conoce. La segunda, en 1827, no dolorosa pero sí fastidiosa y que me hizo añicos, fue cuando los Exámenes de Master; me arrancó por completo de *mi incipiente liberalismo* y marcó definitivamente mi orientación religiosa. La tercera fue en 1833, estando en Sicilia, antes de empezar el Movimiento de Oxford» (*Suyo* 425).

Diez años antes (15 diciembre 1859) había escrito en ese mismo diario sobre la primera de esas conversiones con un dramatismo que casi asusta: «Dios mío, tu gracia me cambió por completo a los quince años, cuando era no sólo un chico malo sino un auténtico demonio; y me diste lo que por tu bondad ya nunca he dejado de tener. Tú *cambiaste mi corazón* entonces» (*Suyo* 406).

La que sigue es, probablemente, la cita más famosa de Newman; y lo es con justicia porque contiene la experiencia más radical y fundante de toda su existencia. Dice así: «[esa primera conversión contribuyó a] aislarme de las cosas que me rodeaban, confirmar mi desconfianza hacia la realidad de los fenómenos materiales, y hacerme descansar en el pensamiento de *dos y sólo dos seres absoluta y luminosamente autoevidentes: yo y mi Creador*» (*Apología* 31-32).

2. La fe y la razón.

La conversión a Dios le proveyó de unos principios de conocimiento cierto basado en la fe; unos principios o axiomas previos a la razón y compatibles con ella. Sobre la existencia de Dios:

«Para mí –ya lo he dicho– [la existencia de Dios] es cosa tan segura como la certeza de que yo existo, aunque cuando intento justificarla racionalmente no doy con ninguna manera o comparación que me deje satisfecho. En cambio, si miro a mi alrededor, me encuentro con un panorama que me llena de indecible tristeza. El mundo actual llama “mentira”, con todas sus letras, a esa gran verdad que llena todo mi ser, y el efecto que me produce es tan perturbador y alienante como si me negaran que yo existo en este mundo. La sensación que se apodera de mí cuando se contempla este mundo vivo y agitado sin captar ningún reflejo del Creador, es como si me pusieran frente a un espejo y no viera mi cara. Para mí este es el problema de esa Verdad primera y primordial de la existencia de Dios. Si no fuera por esa voz que habla tan claramente a mi conciencia y a mi corazón, yo sería ateo, panteísta o politeísta al mirar el mundo. Hablo de mí, de mi caso, nada más» (*Apología* 279).

Por eso: «Tal y como yo lo veo, diez mil dificultades, no hacen una sola duda; dificultad y duda son cosas heterogéneas» (*Apología* 277).

Hasta aquí predomina el conocimiento de la fe. Pero enseguida entra en juego la razón. Porque resulta que ese Dios es un Dios que se ha revelado. Lo cual levanta enseguida una multitud de preguntas racionales: ¿cómo, dónde, cuándo, cómo interpretar sus palabras? La razón se pone en marcha y Newman lo hace hasta el final, hasta las últimas consecuencias, llevando las cosas hasta el extremo, como le reprocharon sus contemporáneos.

Newman aplicó el ejercicio de la razón principalmente al estudio de la Iglesia Primitiva, de donde obtuvo el criterio de Antigüedad para construir desde él una eclesiología nueva para el anglicanismo. En eso consiste su teoría de la *Via Media* y el Movimiento de Oxford.

Su imaginación se veía asaltada por el vivo contraste entre, por un lado, hombres como Orígenes deseando morir mártir como su padre, u obispos como san Cipriano manteniendo su grey en tiempos de persecución, o san Atanasio sufriendo persecución por defender la doctrina, y todos obrando con una libertad y una autonomía absoluta; y, por otro lado, los clérigos casados, con beneficios eclesiásticos y un tanto tarugos, que satirizaba Jane Austen, el Parlamento de Westminster nombrando obispos y eliminando sedes

episcopales en Irlanda, a base de votos de disidentes, ateos y hasta católicos, para más *inri*. Es decir, una Iglesia absolutamente sometida y maniatada por el Estado.

El primero de los Tractos iba dirigido a los clérigos y trataba del origen de su autoridad: ¿la popularidad, el éxito como predicador, sus títulos temporales? «Creo que se nos ha olvidado la verdadera base de nuestra autoridad: que descendemos de los apóstoles». En *Apología* recuerda Newman con humor que «me divertí al enterarme de que un obispo, al leer uno de los primeros Tractos sobre la Sucesión Apostólica, no estaba muy seguro de si él la aceptaba o no» (94).

Partimos de la Fe, pues. La Razón –los Padres de la Iglesia, básicamente– llevada hasta el final generaron la gran crisis de 1839 a 1845 que desembocó en la conversión de Newman a la Iglesia católica romana.

Los Padres de la Iglesia le ‘traicionaron’: ellos le mostraron cómo purificar su Iglesia, cómo hacerla católica para que recuperara su auténtico ser, el de los primeros tiempos. Y resultó algo del todo inesperado: resultó que lo que Newman buscaba ya existía, había existido desde el día de Pentecostés y era, ¡oh, Dios mío!, la vilipendiada Iglesia de Roma.

i. La crisis de 1839.

«Durante las vacaciones [de verano de 1839] me puse a releer autores que años antes había considerado como muy míos. No hay razones para suponer que yo pensara en Roma para nada. A mediados de junio comencé a estudiar y dominar la historia de los Monofisitas. La cuestión doctrinal me tenía absorbido; esto era más o menos entre el 13 de junio y el 30 de agosto. Y fue en medio de estas lecturas cuando me asaltó por primera vez la idea de que el Anglicanismo era insostenible. Recuerdo haber mencionado el 30 de julio, a un amigo con el que me encontré casualmente⁴⁶, lo notable que era la historia en cuestión. A fines de agosto me encontraba seriamente alarmado. [...] *Mi baluarte era la Antigüedad*; y he aquí que, en pleno siglo V, me pareció ver reflejada la Cristiandad de los siglos XVI y XIX. Vi mi rostro en ese espejo: yo era un Monofisita. La Iglesia de la *Via Media* ocupaba el lugar de la Comunión Oriental; Roma estaba donde está ahora; y los protestantes eran los Eutiquianos» (*Apología* 162-63).

ii. Poco después, *Securus iudicat Orbis terrarum*, Catolicidad se impone a Antigüedad.

«[un amigo] me llamó la atención sobre unas palabras impresionantes de san Agustín contenidas [...] que yo había pasado por alto al leer el artículo. Decían: ‘Securus iudicat Orbis terrarum’. Repitió

estas palabras una vez y otra; cuando se marchó, continuaron resonando en mis oídos. ‘Securus iudicat Orbis terrarum’. Iban más allá del caso de los Donatistas, se aplicaban también a los Monofisitas.

Daban al artículo una coherencia que yo no había advertido al principio. Decidían cuestiones eclesiales sobre una base y una regla más sencillas que el criterio de la Antigüedad. Es más, dado que san Agustín era una de las primeras voces de la Antigüedad, *la Antigüedad estaba aquí condenándose a sí misma*. [...]

¿Quién es capaz de valorar las impresiones que recibe? Una simple frase, esas palabras de san Agustín, me golpearon con una fuerza que jamás había sentido antes en otras palabras. Fueron [...] como el “tolle, lege, tolle, lege” del niño que convirtió al mismo san Agustín. *Securus iudicat orbis terrarum!* Con estas grandes palabras del antiguo Padre, que interpretaban y resumían el largo y accidentado curso de la historia de la Iglesia, *la teoría de la “Via Media” había quedado absolutamente pulverizada*.

Me llené de excitación ante la perspectiva que se abría ante mí. Acababa de empezar una serie de visitas y hablé de mi estado a dos amigos íntimos, y creo que a nadie más. Pero después me tranquilicé y se fueron disipando las vívidas impresiones de mi imaginación. Lo que reflexioné sobre estas cosas, intentaré describirlo ahora. Tenía

que determinar su valor lógico y su repercusión sobre mi deber. Era claro que, como en la cena del rey Baltasar, *yo había visto la sombra de una mano en la pared*. Pero, a la vez, todavía tenía muchas cosas que aprender en la cuestión de las Iglesias, y tal vez recibiera alguna nueva luz. *Quien ha visto un fantasma no vuelve a ser nunca el de antes. Los cielos se habían abierto y vuelto a cerrar*. Por un momento había tenido la idea de que “*después de todo, la Iglesia de Roma es quien tiene razón*”, para luego desvanecerse. Mis antiguas convicciones continuaban como antes» (*Apología* 165-67).

Bien pudo Newman afirmar: «Oxford [la razón, el estudio] me hizo católico», no los católicos.

3. Razón sí, racionalismo no.

El enemigo constante de su vida: el Liberalismo en religión. Al final de su vida, cuando fue hecho cardenal, dedicó su discurso a resumir su gran batalla:

«Me alegra decir que desde el principio me he opuesto a un gran mal. Por espacio de 30, 40, 50 años, he resistido con mis mejores energías el espíritu del Liberalismo en religión. [...]

El Liberalismo en religión es la doctrina según la cual no existe una verdad positiva en el ámbito religioso sino que cualquier credo es tan

bueno como otro cualquiera. Es una opinión que gana acometividad y fuerza día tras día. Se manifiesta incompatible con el reconocimiento de una religión como verdadera, y enseña que todas han de ser toleradas como asuntos de simple opinión. La religión revelada –se afirma– no es una verdad sino un sentimiento o inclinación; no obedece a un hecho objetivo o milagroso. Todo individuo, por lo tanto, tiene el derecho de interpretarla a su gusto. La devoción no se basa necesariamente en la fe. Una persona puede ir a iglesias protestantes y a iglesias católicas, obtener provecho de ambas y no pertenecer a ninguna. [...]

Puesto que la religión es una característica tan personal y un bien exclusivamente privado –se añade–, debemos ignorarla del todo en las relaciones con otros hombres. ¿Qué me importa si un hombre adopta diariamente una nueva religión? Resulta tan impertinente pensar en la religión de una persona como lo sería interferir en la administración de su hogar. Lo religioso no es en modo alguno un vínculo de la sociedad» (*Biglietto Speech* 162-63).

Resulta difícil no pensar en el discurso dirigido por Benedicto XVI a ambas cámaras, Comunes y de los Lores, reunidas en Westminster Hall (Londres) el 17 de septiembre de 2010:

(<http://www.thepapalvisit.org.uk/Replay-the-Visit/Watch-Again/Westminster-Hall-Address>).

En carta a su hermana Harriet (10 octubre 1835), Newman intentaba distinguir el uso legítimo de la razón del ilegítimo. Decía:

«*Racionalismo es el intento de saber cómo son cosas sobre las cuales no puedes saber nada. Cuando damos razones para unos supuestos hechos y los reducimos a dependencia unos de otros, experimentamos una satisfacción que no tenemos cuando los recibimos aislados y sin posibilidad de dar razón de ellos –satisfacción de la razón. Por otro lado, cuando ya desde el comienzo no podemos dar razón de ellos, proporciona una satisfacción de otro estilo, que procede de ellas mismas –esto es, de la imaginación. Cuando pedimos razones allí donde no se debe, racionalizamos. Cuando separamos y aislamos cosas que deberíamos conectar, somos supersticiosos»* (*Suyo* 103).

4. La sensibilidad newmaniana para lo invisible: el mundo visible es un velo, nada más. En carta (10 mayo 1828) a Jemima a propósito de la muerte repentina de su querida hermana menor:

«el campo es tan bonito; las hojas recién salidas, lo bien que huele, el paisaje tan cambiante. Nunca capto mejor lo transitorio de este mundo que cuando disfruto con estas sensaciones en el campo. Hoy montando por ahí me he quedado

impresionado, mucho más de lo que yo creía posible, con en estos dos versos del *Año cristiano*: ‘Cantar con voz solemne, nos recuerda nuestro destino’. Nuestra querida Mary me parece embebida en cada árbol, escondida detrás de cada colina. ¡*Este mundo de los sentidos es un velo, una cortina! Un mundo muy bello, pero velo al fin*» (Suyo 69).

Si quieren más, lean el sermón *El mundo invisible* (*Sermones parroquiales*, 4; número 13), predicado en junio de 1837.

También su conversión podría contemplarse como la absoluta primacía de Lo invisible, en este caso, sobre los lazos afectivos a los que Newman era tan sensible. Así lo diría cualquier lector del párrafo final del *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, el libro que marcó el fin de sus días como anglicano. El párrafo, aparentemente dirigido al lector, en realidad se lo dirige Newman a sí mismo, en el momento en que ya las razones no cuentan, solo la fe para cortar amarras:

«And now, dear reader, time is short, eternity is long. No apartes de ti lo que has encontrado en este libro; no lo veas como una cuestión de pura controversia religiosa; no te empeñes en rechazarlo, no busques la mejor manera de refutarlo; no te engañes pensando que todo procede de un desengaño, o del disgusto, o que es pura zozobra, o resentimiento, o cualquier otra debilidad. No te refugies en el recuerdo del

pasado, no hagas verdad lo que quieres que sea verdad, no acaricies ni idolatres las cosas que has amado. Time is short, eternity is long...

NUNC DIMITTIS SERVUUM TUUM, DOMINE,
SECUNDUM VERBUM TUUM IN PACE;
QUIA VIDERUNT OCULI MEI SALUTARE
TUUM» (*Essay on the Development* 445).

Consecuencia muy directa de su penetración por lo invisible fue su desprendimiento de las cosas temporales, su absoluta falta de mundanidad. En 1859 apuntó en aquella libreta íntima una oración conmovedora:

«Cuando era joven, pensaba que me había entregado a Ti de todo corazón. Y en cuanto a voluntad, deseo y propósito, desde luego que así era. Quiero decir; dejé de lado el mundo de una forma deliberada. Pedía con sinceridad que no me dieran cargo eclesiástico alguno. Cuando me presenté a los exámenes pedí con fervor, una y otra vez, muchas, no sacar buenas calificaciones si eso me hacía daño. Más tarde, clérigo anglicano, pedía sin la menor condición ni reserva contra la posibilidad de encumbramiento en mi carrera eclesiástica. Hará unos treinta años que hasta puse en verso esta aspiración. “Niégame la riqueza; llévate lejos, lejos de mí el atractivo del poder y los honores”. No era solo “poesía” sino un deseo habitual. ¡Señor, Tú lo sabes bien! Yo sabía lo que

decía, y que Tú concedes esas peticiones, y que a los hombres les tomas la palabra» (*Suyo* 405-06).

Otra consecuencia de esa facilidad para “aislarme de las cosas” fue la divulgación de un cierto mito acerca del “misterio sobre Newman”. Pero, como dijo un contemporáneo cuyo nombre no puedo localizar ahora, «el único misterio de Newman era que este mundo le importaba un comino [the only mystery about Newman was that he didn't give a damn for this world]». Cosa que no todos podemos decir...

Más consecuencias: cómo amar a Dios invisible sobre todas las cosas al tiempo que se ama a los amigos, que sí se ven, y que Newman perdió al dar el paso y que tanto extrañó. Ellos eran su tesoro, un tesoro perdido. Así rompe el hielo con su entrañable John Keble, tras veinte años de incomunicación, en agosto 1863:

«Te cuento todo esto [detalles de un viaje a Francia] porque sé que te interesará. Nunca, ni por un momento, he dudado de tu afecto hacia mí; ni tampoco, nunca, me he sentido herido por tu silencio. Lo he interpretado fácilmente: no era el silencio de los hombres, ni el olvido de los hombres, que bien se acuerdan de mí y me nombran, siempre que sea para denigrarme.

Siempre pienso en ti con respeto y cariño; *no hay nada que quiera más que a ti, a Isaac, y Copeland y otros muchos que podría nombrar, excepto Aquel a quien debo amar por encima de todo y todos. Quiera Dios, Él,*

que es la recompensa infinita para todo lo que he perdido, darme su Presencia; y entonces no querré nada más, no desearé nada más, porque nadie más que *Él* puede compensarme de haber perdido esos entrañables amigos cuyos rostros veo continuamente como fantasmas.

Siempre tuyo, con todo el afecto, John H Newman» (*Suyo* 255).

Acuérdense también de lo que cuenta Newman de sus primeros años de torpe convivencia con sus nuevos colegas en Oriel:

«Durante los primeros años de mi residencia en Oxford, aunque orgulloso de mi college, no me encontraba allí del todo como en mi propia casa. Yo era bastante solitario y acostumbraba a hacer mi paseo diario sin compañía alguna. Recuerdo que una vez me encontré con el Dr Copleston, entonces Provost de Oriel, que iba acompañado de uno de los fellows. Se giró hacia mí y con aquella amable cortesía que tan bien le cuadraba me hizo una inclinación y dijo: ‘nunquam minus solus quam cum solus’ [‘nunca se está menos solo que cuando se está solo’. Cicerón. *De Officiis* III, 1]» (*Apologia* 63).

5. Atención a cómo se cita a Newman. Las citas deben ser largas. El caso típico es el brindis de la carta al Duque de Norfolk, al que acuden infaliblemente ciertos

católicos “disidentes” que no desean aceptar la autoridad del Papa o del magisterio al tiempo que quieren mantenerse dentro de la Iglesia. Estos, que no han leído entera la Carta al Duque, hacen decir a Newman justo lo contrario de lo que defiende en ese texto: el Papa, la conciencia, la Ley moral, Dios, todos dicen lo mismo. La conciencia es la voz de Dios. Al igual que la fe y la razón, no pueden no decir lo mismo. El manoseado brindis, que sirve para rematar con un arabesco el punto quinto dedicado a la conciencia, dice así: «Añadiré un comentario. Caso de verme obligado a hablar de religión en un brindis de sobremesa –desde luego, no parece cosa muy probable–, beberé “¡Por el Papa!”, con mucho gusto. Pero primero “¡Por la Conciencia!”, después “¡Por el Papa!”» (Carta al Duque 82).

Pero antes en la misma *Carta* (76) había dicho, ente otras cosas: «Si algún Papa hablara en contra de la Conciencia, en el sentido auténtico de la palabra, estaría cometiendo un acto suicida. Ese Papa estaría cortándose la hierba de debajo de los pies». Y en algún lugar, inencontrable para mí en este momento, de su oceánico epistolario encontré y anoté estas palabras: «las reformas dentro de la Iglesia nunca se han hecho a base de desobediencia [reform within the Church has never been wrought by disobedience]».

En cuanto a aceptar la autoridad del Papa, para Newman no supuso el menor problema: la misma obediencia que prestaba a su obispo anglicano, a quien reconocía como sucesor apostólico, se la prestó al Papa.

Newman siempre obedeció a un Papa: como anglicano, su obispo era su Papa; como católico, el Papa era el Papa. En cuanto al “disenso” dentro de la Iglesia:

«Cuando yo era anglicano, al estudiar la historia de la Iglesia, vi con gran claridad que el error del que se originaban luego las herejías consistía normalmente en *insistir a destiempo por alcanzar una verdad*, contra la prohibición de la autoridad de la Iglesia. Cada cosa tiene su momento; mucha gente que desea que se corrija un abuso o que una determinada doctrina se desarrolle más plenamente o que se adopte una determinada política, no se plantea siquiera si *ese* es el momento adecuado para hacerlo. Como saben que, mientras vivan, no habrá ningún otro que haga nada de lo que ellos pretenden, se niegan a escuchar la voz de la autoridad, malogrando así una obra buena, en ese momento, y haciendo imposible que otro, probablemente aún por nacer, la lleve a término felizmente el siglo siguiente. Ante el mundo aparecerá como un audaz campeón de la verdad y un mártir de la libertad de pensamiento; lo cierto es que la autoridad hace bien en callarle» (*Apología* 295-96).

Para terminar con el tema de la Conciencia, leamos lo que predicó siendo anglicano, la conciencia como Inhabitación de Dios en el cristiano:

«Un cristiano auténtico, por tanto, podría definirse como alguien que posee un sentimiento dominante de la presencia de Dios dentro de sí. [...] Un cristiano auténtico, una persona en estado de aceptación con Dios, es el que tiene fe en Dios en ese sentido de vivir con el pensamiento de que Él está presente en él; presente no externamente, no en la naturaleza nada más, o en la Providencia, sino en lo más íntimo de su corazón, en su *conciencia*. El justificado es aquel cuya conciencia está iluminada por Dios de manera que habitualmente es consciente de que todos sus pensamientos, los primeros impulsos de su vida moral, todas sus motivaciones y deseos, están abiertos al Dios Todopoderoso. [...] Reconozcámonle entronizado dentro de nosotros, en las fuentes mismas de todos nuestros afectos y pensamientos. Sometámonos a Su guía y dirección soberana. Vayamos a Él para que Él nos perdone, nos purifique, nos cambie, nos guíe y nos salve» (“Sinceridad e hipocresía”. *Sermones parroquiales*, 5).

6. Yo creo que Newman es un romántico juzgado por victorianos y eduardianos. Newman lloraba y no le importaba que se supiera o que le vieran. Los románticos, Byron, Shelley & cía, eran lacrimosos. Y estaba bien visto. La *comédie larmoyante* hizo furor a finales del XVIII. Pero luego llegaron los victorianos del “labio-tieso”, los “cristianos musculares” (tanto

anglicanos como católicos) y Newman les pareció un alfeñique hipersensible, poco viril. A comienzos del XX llegó un cínico eduardiano, nada cristiano y muy poco muscular por cierto, Lytton Strachey, que se inventó una escena “irreverente” para vapulear al “gran hombre” haciendo de Newman un lloriqueante viejecillo con pinta de mendigo (Strachey 104-05). La escena se presa hoy a una lectura sarcástica que no deja muy airosa a la nuva “biografía creativa” con que Strachey regaló a sus contemporáneos.

En cuanto al siglo XXI, los periodistas del Reino Unido han afirmado que, según el cardenal Manning, Newman fue un “great hater [odiaba mucho]”. ¿Se puede saber cuándo dijo Manning esas *dos* palabras? Y ¿en qué contexto? Me temo que la fuente es el infidente Strachey (130). Y todo un Anthony Kenny sigue repitiendo la trilladísima imagen.

7. Continuidad entre el Newman anglicano y el católico.

«Desde que me hice católico, por supuesto, se acabó la historia de mis ‘opiniones religiosas’; ya no hay nada que narrar. No quiero decir con esto que mi mente haya estado inactiva o que haya dejado de pensar en asuntos teológicos, pero no ha habido cambios de los que dar cuenta ni, en absoluto, ansiedad alguna en mi corazón. Mi paz y

mi alegría han sido perfectas, y no he vuelto a tener una sola duda. Al convertirme no noté que se produjera en mí ningún cambio, intelectual o moral. No es que empezara a sentir una fe más firme en las verdades fundamentales de la Revelación o un mayor dominio sobre mí mismo. Tampoco tenía más fervor. Pero sentía como si hubiera llegado a puerto después de una galerna; y mi felicidad por haber encontrado la paz ha permanecido sin la menor alteración hasta el momento presente» (*Apologia* 276).

Modo de vida:

«Diré ahora en dos palabras qué es lo más aproximado que conozco, en la práctica, con una Congregación del Oratorio, y es cualquier *college* en una universidad anglicana. Coged un *college*, eliminad el Head of House, aniquilad [sic: annihilate] a la esposa y a los niños, y devolvedle al grupo de los fellows; cambiad la religión protestante por la católica, dad al Head y a los fellows trabajo y misión pastoral, y ahí tenéis ante los ojos un Oratorio de San Felipe» (*Chapter address* ene.-feb. 1848).

Al secretario de la London Evangelization Society, al final de su larga vida, en 1887:

«esas grandes y ardientes verdades que aprendí de niño en la enseñanza evangélica, las he

encontrado grabadas en mi corazón con una fuerza nueva y cada vez mayor por la Santa Iglesia Católica. Esa Iglesia ha añadido al evangelismo sencillo de mis primeros maestros, pero no ha oscurecido, diluido o debilitado nada de él —al contrario, he encontrado unas facultades [...] que todos los buenos católicos tienen y los evangélicos solo muy débilmente» (*Letters* 31, 189).

En el *Ensayo sobre el Desarrollo de la Doctrina Cristiana*:

«Si san Atanasio o san Ambrosio volvieran a la vida no hay la menor duda de qué comunión tomarían por suya. [...] estos Padres, se sentirían más en casa con gentes como san Bernardo, o san Ignacio de Loyola o con un sacerdote que está *a solas* en su cuarto o con una comunidad de hermanas de la misericordia, o con la iletrada multitud delante del altar, que con los maestros o los miembros de cualquier otra comunidad» (*Essay on the Development* 97-98).

«[La iglesia católica es lo mas parecido] al *ethos de la iglesia primitiva*, es decir a la de los apóstoles y profetas; todos estaremos de acuerdo al menos en esto: que Elías, Jeremías, el Bautista, y san Pablo, en su historia y modo de vida [...], se parecen más a un predicador dominico, a un misionero jesuita, o un hermano carmelita, se parecen mas a santo Toribio, san Vicente Ferrer,

san Francisco Javier o san Alfonso de Ligorio, que a cualquier persona, o tipo de personas que podamos encontrar en otras comuniones» (*Essay on the Development* 100).

8. Es bien conocida (y, lamentablemente, poco seguida) su definición del *gentleman*: “one who never inflicts pain [alguien que nunca inflige dolor a los demás]”. Que luego desarrolla. Solo me gustaría destacar lo que dice al final: que todo esa caballerosidad se da al margen del principio religioso, no se identifica con la santidad, «forma el *beau-ideal* del mundo. En parte ayuda y en parte distorsiona el desarrollo del católico». En suma, es un modelo laico, un ideal insuficiente. «Ayudará a san Francisco de Sales o al cardenal Pole pero será el límite de Shaftesbury o Gibbon. Basilio y Juliano eran compañeros en las escuelas de Atenas: uno fue santo y doctor de la iglesia, el otro se burló de ella y fue su enemigo implacable» (*Idea of a University* 159-61; discurso 8, sección 10).

9. Por una vez, acudiré a una cita no de Newman sino sobre Newman. Procede de Muriel Spark (1918–2006), una novelista británica bastante más interesante de lo que parece a primera vista, que se convirtió al catolicismo en los años 50 leyendo a Newman. En el prefacio a una selección de sus sermones parroquiales

que ella misma hizo, escribe, ella lo sabe bien: «si algo se puede decir de los escritos de Newman es que tienen una *voz* [...] una voz que nunca deja de agujijonear, radioactiva desde la página [radioactive from the page], por muy mohoso que esté el libro» (v).

10. Quizá podemos acabar como su epitafio: «Ex Umbris et Imaginibus in Veritatem [de las sombras y las imágenes hasta la Verdad]».

O, pensando en su Beatificación, que nos ha convocado hoy aquí, con lo escrito al director de una revista, respondiendo a una crítica de Leslie Stephen, exclérigo agnóstico y padre la novelista Virginia Woolf, a la “Teoría del acto de fe del Dr. Newman” contenida en la *Gramática del asentimiento*:

«Los puntos de vista que he hecho públicos en diversas ocasiones no valdrían nada si no pudieran soportar la crítica de una mente tan aguda y pacífica como la suya [de Stephen]. Esa crítica es un paso imprescindible en el reconocimiento general de su solidez, si es que mis puntos de vista merecen tal calificación. Y aunque no reconozco como mío todo lo que él me adjudica ni espero en su crítica de diciembre lo que no he encontrado en la de noviembre, con mucho gusto dejaré que el tiempo haga por mí lo que tan a menudo ha hecho el tiempo en los últimos 40 ó 50 años. *El tiempo ha*

sido mi mejor amigo y mi mejor defensor [Time has been my best friend and champion].

Al futuro me encomiendo con mucho amor, y muy conforme con su fallo, JHN» (*Suyo* 352).

O, con lo que le escribió su amigo anglicano, Octavius Ogle, el 6 de noviembre de 1897, cuando Newman fue hecho cardenal:

«Me pregunto si eres consciente de lo mucho que se te quiere en Inglaterra. Me pregunto si hay alguien, al menos en nuestros tiempos, al que se haya querido tanto en Inglaterra –en la Inglaterra religiosa. Hasta los enemigos de la fe se suavizan por lo que sienten por ti. Y me pregunto si este amor extraordinario y sin paralelo no podrá ser – no estará destinado a ser– el medio para reunir en un solo rebaño a todos los ingleses que creen en Dios» (*Letters* 29, 195, n.1).

Obras citadas:

Kenny, Anthony. “Too touchy for sainthood?”. *Times Literary Supplement* (12 jun. 2009): 27.

Letters and Diaries of John Henry Newman. 32 vols. London-Oxford-New York: Nelson-Oxford University Press, 1961-2008.

Newman, John Henry. *An Essay on the Development of Christian Doctrine*. Londres: Longmans, Green & Co., 1845/1878.

Newman, John Henry. *Idea of a University*. Ed. Martin Svaglic. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1986.

Newman, John Henry. *Carta al Duque de Norfolk*. Eds. Víctor García y José Morales. Madrid: Rialp, 1996.

Newman, John Henry. “Biglietto Speech”. *Cartas y diarios*. Eds. Víctor García y José Morales. Madrid: Rialp, 1996. 161-66.

Newman, John Henry. *Suyo con afecto: autobiografía epistolar*. Edición, traducción y notas de Víctor García Ruiz. Madrid: Encuentro, 2002.

Newman, John Henry. “El mundo invisible”. *Sermones parroquiales*, 4. Trad. Víctor García Ruiz. Madrid: Encuentro, 2010. 225-36.

Newman, John Henry. *Apología por vita sua*. Edición, traducción y notas de Víctor García Ruiz y José Morales. 2.ª ed. Madrid: Encuentro, 2010.

Spark, Muriel. “Foreword”. *Realizations: Newman’s selection of his parochial and plain sermons*. Ed. Vincent Ferrer Blehl. London: Darton, Longman & Todd, 1964. v-ix.

Strachey, Lytton. “Cardenal Manning”. *Victorianos eminentes*. Trad. Dámaso López García. Madrid: Aguilar, 1989 [*Eminent Victorians*. London: Chatto & Windus, 1918]. 29-137.

EL SIGNIFICADO DE NEWMAN EN LA IGLESIA

José Morales

John Henry Newman (1801–1890) es uno de los grandes escritores cristianos. Se hizo famoso en el siglo XIX por su actividad en la Comunión anglicana en la que nació, y sobre todo por su conversión a la Iglesia Católica en octubre del año 1845, en la mitad de su vida. Vinieron luego largos años de trabajo pastoral, de iniciativas educativas, y de publicación de libros memorables, que han dejado un sello profundo y duradero en la conciencia, el corazón y la mente de innumerables hombres y mujeres cristianos. La existencia sencilla y activa de Newman, que vivió prácticamente toda su vida católica en el Oratorio de San Felipe Neri de la ciudad de Birmingham, se vio coronada por la decisión del Papa León XIII, que le creó cardenal de la Iglesia Romana en mayo de 1879.

Newman nació en la City de Londres el 21 de febrero de 1801. Murió en Birmingham el 11 de agosto de 1890. Su vida ocupa casi todo el siglo XIX.

Cuando después de morir fueron colocados sus restos en la iglesia del Oratorio de Birmingham el 11 de agosto de 1890, uno de los muchos visitantes dejó

escritas algunas de las impresiones que la escena le había producido. Decía:

«El Cardenal, como los restos de un santo, destacaba sobre el túmulo, pálido, distante, consumido, con mitra, ricos guantes donde lucía el anillo, que besé, ricos zapatos, y el sombrero a los pies. Éste era el final del joven calvinista, el intelectual de Oxford, el austero párroco de Santa María.

Parecía como si un entero ciclo de existencia y pensamiento humanos se hubieran concentrado en aquel augusto reposo. Ésta fue la irresistible consideración que llenó mi mente. Una luz amable había conducido y guiado a Newman hasta esta singular, brillante e incomparable consumación» (*Letters and Diaries* XXIX, XV).

La personalidad y el carácter de Newman han desafiado a sus biógrafos. La primera biografía importante de Newman fue compuesta en el año 1912 por el escritor católico Wilfrid Ward, que en su juventud le había conocido y tratado. Ward escribió la primera semblanza moderna de un católico en Inglaterra. Produjo un libro fiel a su personaje y lleno a la vez de sinceridad y franqueza. Ward no ocultó el esfuerzo intelectual y humano que hubo de asumir para llevar a cabo su proyecto. Su hija pudo escribir:

«La familia comenzó a alarmarse, porque la tensión y el agotamiento se hacían visibles en mi

padre, y el médico de cabecera afirmó que, en pocos meses, parecía haber envejecido diez años».

Con veintiún años, Newman fue elegido en 1822 profesor (*fellow*) de Oriel, un College de Oxford que había sido fundado en el siglo XIII. En 1825 se ordenó presbítero de la Iglesia Anglicana, y en 1828 comenzó a regentar la parroquia universitaria de Santa María, situada frente a Oriel en la High Street. Con un pequeño grupo de amigos –ministros todos ellos, como él, de la Iglesia de Inglaterra– originó e impulsó desde 1833 el conocido Movimiento de Oxford, llamado también Movimiento Tractariano, con el fin de renovar un Anglicanismo en decadencia, falto de energías y de sentido eclesial.

La obra escrita de Newman es dogmática y homilética. Newman escribió en 1833 su primera monografía teológica. El estudio histórico–doctrinal de los Arrianos del siglo IV le dio ocasión para exponer las ideas fundamentales de su visión religiosa. Llevaba, sin embargo, casi diez años de actividad pastoral y de una predicación que se recoge en los volúmenes de sermones publicados a partir de 1834. Estos sermones constituyen probablemente el *corpus* homilético más conspicuo y penetrante del siglo XIX en Inglaterra, y son muchos los que lo consideran como lo mejor de Newman en términos casi absolutos. Comenzados en 1824, los sermones del párroco de Santa María –lo era desde 1828– no se interrumpieron hasta 1843, dos años antes de su recepción en la Iglesia católica.

La personalidad de Newman se puede analizar y describir en torno a los rasgos de humanidad, santidad e intelecto sapiencial, es decir, un carácter intelectual que no es únicamente lógico o discursivo, sino también bien informado, prudente y creativo. Bien entendido que la personalidad de cualquier ser humano se encuentra sumida y arropada en un clima de misterio que la hacen irrepetible y abarcable a todo intento de penetración última.

El retrato físico de una persona, su aspecto exterior, puede indicar con frecuencia rasgos del espíritu en un momento dado. El irlandés David Moriarty, obispo de Derry y buen amigo de Newman, ha dejado en 1852 una descripción de éste, que permite asomarse un tanto a su mundo interior.

Observa Moriarty:

«su acento, como era de esperar, es totalmente inglés, así como sus gestos y estilo; pero su figura ascética no presenta rasgo alguno de la corpulencia de John Bull. Es pálido, con semblante meditativo y consumido por la preocupación. Tiene nariz alargada y aguileña, mejillas hundidas y frente despejada, ni gris ni carente de pelo ni rara de aspecto, pero con la experiencia de años impresa en su rostro pensativo. La altura es de unos cinco pies y nueve pulgadas, y camina algo inclinado hacia adelante, como sugiriendo la idea de un hombre alto, gastado y encorvado por

fatigoso trabajo» (Cit. H. TRISTRAM, *Newman and his Friends*, London 1933, 64).

Esta descripción externa de Newman en la mitad de su vida puede completarse muy adecuadamente con otra que nos descubre el aspecto y la expresión de Newman anciano. Procede de un alumno de Trinity, que en noviembre de 1879 tuvo ocasión de conversar largamente con el Cardenal cuando éste visitó su antiguo College. El texto dejado por el joven estudiante dice así:

«Una tarde, al volver de jugar football me encontré con un criado del College, que me dijo: “Un ilustre grupo de personas ha estado en sus habitaciones: el Presidente, todos los *fellows* y el Cardenal Newman”, y añadió: “cuando el Presidente vio su chimenea, carraspeó...” Mi chimenea estaba llena de fotos de artistas. Poco después vino el mayordomo del Presidente con una nota, que yo supuse contendría una reprimenda, pero que contenía una invitación, porque el Cardenal Newman había expresado el deseo de ver al ocupante de sus antiguas habitaciones. El Cardenal, un hombre de aspecto cansado, piel arrugada y nariz larga, con una de las más bellas expresiones que he visto en un ser humano, habló conmigo durante dos horas, dejándome confundido por su exquisita modestia. Quiso saber si la planta de dragón crecía aún en el muro de separación con Balliol College...»

El retrato exterior nos prepara muy bien en este caso para contemplar mucho de la semblanza interior.

Un retrato interior de Newman tendría que apoyarse en su mundo teologal, el mundo de la fe, la esperanza y la caridad. Sus centros son sin duda el amor a Dios y la «obediencia de la fe». Mucho antes de que esta expresión se hiciera corriente en la Teología y espiritualidad de la Iglesia, era una realidad en el desarrollo de la vida interior de Newman. Cuando él afirma que nunca pecó contra la luz se refiere precisamente a la docilidad con que siempre procuró escuchar la voz luminosa de Dios a través de su conciencia, y poner en práctica lo que percibía como claros mandatos divinos.

La respuesta a los mandatos del cielo se convirtió en hábito para su vida limpia y sensible. *Cor ad cor loquitur*. Un corazón hablaba a otro corazón. Y este corazón humano le respondía con convicción y vibración singulares, sin emocionalismos pero con sobrias emociones, llenas de consecuencias.

Newman no era un hombre frío ni distante. Era sumamente sensible y receptivo a la amistad y al afecto. No tenía un carácter sentimental, pero sentía hondamente la vida de los demás, así como los procesos interiores de su propio espíritu, y podía ser muy demostrativo de lo que ocurría en la intimidad de su mundo personal.

Cuando después de su conversión abandonó la casa de Littlemore, donde había vivido unos tres años, dedicado al estudio y a la oración, besó las paredes de su habitación, como despedida de un lugar querido en el que había sido muy feliz.

En su tercer viaje a Roma, realizado en el año 1856, para resolver un conflicto entre los Oratorianos de Birmingham y de Londres, caminó descalzó hasta la basílica de San Pedro, como signo de plegaria humilde por las intenciones que llevaba entonces en el corazón.

Durante la redacción de la *Apología pro Vita Sua* en 1864, un Newman sacudido por los recuerdos emocionados de su vida y en una tensión extenuante permaneció entre lágrimas sobre el escritorio a lo largo de un mes, en periodos de trabajo que sobrepasaban normalmente las quince horas diarias y que en una ocasión llegaron a las veintidós. Recordando el esfuerzo de esos días únicos, escribía unos meses después:

«Cuando vivía en Oxford, compuse en dos ocasiones sendos escritos en una noche, y otro en un día, pero ahora me he tenido que ocupar, a la vez, de escribir y de imprimir, y he producido de un tirón un libro de 562 páginas. Pero ha sido con tan gran sufrimiento, con tantas lágrimas, con tanto trabajo..., que me parece asombroso haberlo podido terminar y que la tarea no haya acabado conmigo».

La conversión –ocurrida en octubre de 1845– sobresale sobre todos los hechos personales de la vida de Newman. Unas palabras del cardenal Manning, pronunciadas en la homilía del funeral de Newman, en el Brompton Oratory de Londres, la describen de modo admirable en su significación religiosa y social.

«Si hiciera falta alguna prueba –decía– de la inmensa obra que ha realizado en Inglaterra, sería suficiente observar lo ocurrido durante estos días. Nadie podía dudar que la gran multitud de los amigos personales de la primera mitad de su vida, y la multitud aún más numerosa de los que han sido instruidos, consolados y ganados para Dios por la inigualada belleza y la irresistible persuasión de sus escritos, manifestarían el amor y la gratitud de sus corazones. Pero no era fácil predecir que la voz pública de Inglaterra, en toda su diversidad política y religiosa, se uniera en el afecto y la veneración hacia un hombre que había roto barreras sagradas y desafiado prejuicios religiosos de modo contundente. Había cometido un pecado que hasta el momento era imperdonable en la nación: hacerse católico, como lo fueron nuestros padres. Y sin embargo ningún inglés en nuestra memoria ha sido objeto de una veneración tan amante y sincera. Alguien ha dicho: “lo canonicé o no Roma, será canonizado en la mente de gente religiosa de todos los credos en Inglaterra”».

El abandono del anglicanismo y su entrada en la Iglesia católica —«el único redil del Salvador»— fue sin duda el acto más importante y decisivo de la vida de Newman. Era la culminación de un proceso de maduración espiritual y de entrega en las manos de Dios, que dividía su existencia terrena en un antes y un después. Suponía un salto existencial que tenía en cuenta, pero superaba con creces, el curso lógico y coherente de una conciencia en movimiento, sin vacilaciones importantes ni retrocesos. La de Newman fue una mente —unida a un corazón— siempre ocupada en un desarrollo, espiritual y doctrinal, enriquecedor y sumamente creativo.

«Debo afirmar —escribe en 1887— que las grandes y ardientes verdades que aprendí de las enseñanzas evangelistas cuando era un adolescente, han sido impresas en mi corazón, con nueva y creciente fuerza, por la Santa Iglesia Romana. Esta Iglesia ha añadido cosas al sencillo Evangelismo de mis primeros maestros, pero no ha oscurecido, disuelto o debilitado nada de él» (*Letters and Diaries* XXXI, 189).

La reforma y purificación de la Iglesia de Inglaterra, perseguida con tenacidad durante sus años anglicanos en el seno del Movimiento de Oxford a partir de 1833, fue acompañada en Newman de modo continuo, por una moción firme y permanente de reforma personal. Este esfuerzo por no ceder a la erosión de la mundanidad, a la vanidad del intelecto y a

las ambiciones de la brillante carrera eclesiástica que se le ofrecía en el mundo anglicano, dan razón del impulso de santidad que era el motor de su vida. Juventud, madurez y ancianidad forman en Newman la unidad de una existencia dedicada a la gloria de Dios y al servicio de los demás.

El benedictino Bernard Ullathoreme, que fue obispo de Birmingham y llegó a ser gran amigo de Newman, ha dejado el relato de una anécdota que resume en gran medida el sentido de una vida. Comentando la visita que el prelado hizo a Newman, ya cardenal, unos tres años antes de la muerte de éste, escribe Ullathorne:

«Mantuvimos una larga y animada conversación, pero cuando me levantaba para marcharme, una acción suya originó una escena que nunca olvidaré, por la elevada lección que contenía. En tono suave y humilde me dijo: «Mi querido Señor, ¿me haría usted un gran favor?». «¿De qué se trata?», pregunté. Y de repente se hincó de rodillas, inclinó su venerable cabeza, y exclamó: «Deme su bendición». ¡Qué podía hacer yo, teniéndole ante mí en semejante postura! No podía negarme sin causarle una situación embarazosa. De modo que coloqué mi mano sobre su cabeza y dije: «Querido Señor cardenal, a pesar de todas las normas que parecen impedirlo, ruego a Dios que le bendiga, y que el Espíritu Santo llene del todo su corazón». Cuando nos dirigíamos hacia

la puerta no quiso cubrirse con el birrete, y dijo: «Me he pasado toda la vida dentro de casa, mientras usted combatía en el mundo por la Iglesia». Me sentí anonadado en su presencia. ¡En este hombre hay un santo!». (Cf. *Newman and his Friends*, 142).

Hay algunos rasgos esenciales que sobresalen en el carácter humano y cristiano de Newman, y se imponen poderosamente a la atención de todo el que asoma a su vida. Son rasgos que actúan al modo de una unidad de opuestos, porque a veces no resulta fácil encontrarlos todos en una misma personalidad.

Se halla ante todo un hondo sentido de adoración del misterio divino. Es el sobrecogimiento ante lo Santo, que impregnó la conciencia de Newman a lo largo de toda su vida. Newman veía el mundo invisible. Poseía una visión penetrante del espacio habitado —si puede hablarse así— por los misterios cristianos, que eran para él las auténticas realidades.

Esta visión no procede de una *forma mentis* platónica, sino de una honda sensibilidad cristiana, para la que el acto de fe termina en el objeto mismo creído. Refiriéndose a la viveza con la que Newman percibía las verdades escatológicas de la gloria y de la reprobación, decía el historiador J. Anthony Froude: «La mente de

cualquiera de nosotros se habría quebrado ante semejante tensión».

Hay un texto memorable del mismo Newman, escrito a los tres años de su conversión, que nos permite ver un poco de la experiencia de su alma. Dice así:

«Tal es el Creador en su eterna belleza increada, que si nos fuera permitido contemplarle moriríamos de puro raptó a la vista de Su gloria. Moisés, incapaz de olvidar el pequeño anticipo que había visto en la zarza ardiente, pidió ver la figura entera del Señor, y no se le concedió. Dijo Moisés: enséñame Tu gloria; y Dios le respondió: No puedes ver mi Rostro, pues ningún hombre me verá y seguirá viviendo.

Cuando los santos han sido favorecidos con algunos destellos de la gloria divina, ésta les ha conducido al éxtasis, ha roto sus débiles estructuras de polvo y ceniza, y atravesado sus almas con tal trepidación que han clamado a Dios, en medio de sus transportes, para que redujera misericordiosamente la abundancia de sus consuelos. Lo que los Santos experimentan directamente es disfrutado por nosotros en el pensamiento y la meditación, y este sencillo reflejo de la gloria divina basta para superar las pobres y fatigosas nociones de El que nos rodean, y para conducirnos al olvido de nosotros mismos en la contemplación de quien es todo Belleza» (Cfr. Ex. xxxiii, 18).

La actividad pastoral de Newman se caracterizó, tanto en sus años anglicanos como católicos, por el ejercicio ininterrumpido de una intensa influencia personal, que, bajo la gracia divina, fue capaz de cambiar innumerables mentes y corazones. La influencia personal del predicador, el maestro, el consejero o el amigo era para Newman uno de los modos capilares más importantes para transmitir la verdad evangélica.

Newman formulaba estas ideas en un sermón predicado en enero de 1832, es decir, un año antes del comienzo del Movimiento de Oxford. Las practicaba, sin embargo, desde el comienzo de su ministerio diaconal en el año 1824, y las llevó a su intensidad máxima en el desarrollo del Movimiento Tractariano.

Factor capital de esa influencia fueron los sermones de Newman como vicario de la parroquia universitaria de Santa María en la High Street de Oxford.

Los sermones dominicales predicados por Newman en Santa María constituyen por sí solos un capítulo mayor de la homilética anglicana. En muchos decenios –tal vez en siglos– Oxford no había conocido una predicación semejante.

«Sólo quienes los recuerdan –escribe William Church, testigo de los acontecimientos, que sería más tarde el historiador clásico del Movimiento de Oxford– pueden juzgar adecuadamente el efecto de los sermones que Mr. Newman predicaba en

Santa María a las cuatro de la tarde. La gente los conoce, ha oído hablar mucho de ellos, y ha emitido opiniones diversas sobre su valor. Pero apenas se da cuenta de que, sin esos sermones, el Movimiento de Oxford podría no haber ido adelante, y ciertamente no habría sido nunca lo que fue. Incluso personas que escuchaban regularmente los sermones y sentían que eran diferentes a cualquier tipo de predicación, apenas reparaban en su influencia real o llegan a advertir en el momento el impacto que estaban ejerciendo sobre ellas.

Sencillos, directos, sobrios, envueltos en un inglés puro y transparente, sin faltas de gusto, recios en su flexibilidad y perfecto dominio de lenguaje y pensamiento, eran la expresión de una visión penetrante y profunda sobre el carácter, la conciencia y los motivos del obrar, de una simpatía, severa y tierna a la vez, con los tentados y los vacilantes, de una fe ardiente y absoluta en Dios y en sus designios, en su amor, en sus juicios, en la gloria sobrecogedora de su generosidad y en su magnificencia. Los sermones hacían pensar a los oyentes sobre las cosas que hablaba el predicador y no sobre los sermones mismos».

El ambiente que rodeaba los sermones de Newman ha sido descrito en numerosos textos redactados por testigos presenciales. Dos de ellos pueden servirnos como botón de muestra.

«Hace cuarenta años... –leemos– predicaba en el púlpito de Santa María todos los domingos, parecía a punto de renovar lo que para nosotros era la institución más nacional y más natural del mundo, la Iglesia de Inglaterra. Nadie era capaz de resistir la fascinación de aquella figura espiritual, que avanzaba como en volandas, en la penumbra de la tarde, por la nave de Santa María, ascendía al púlpito y, con la más sugestiva de las voces, rompía el silencio con palabras y pensamientos que eran música religiosa, sutil, dulce y severa».

Otro texto se refiere a la persona del predicador:

«Los ojos estaban llenos de vida, la voz era fuerte y a la vez melodiosa. Era sobre el púlpito una figura frágil y ligera, como alguien surgido de otro mundo. El sermón comenzaba en tono sereno y medido. Enfervorizado gradualmente sobre el tema, el predicador elevaba ligeramente la voz y toda su alma parecía encenderse de conmoción y vigor espiritual. A veces, en medio de los pasajes más vibrantes y sin disminuir la voz, hacía una pausa, sólo por un instante que se antojaba largo, y después, luego de haber recobrado fuerza y gravedad, pronunciaba palabras que sacudían el alma de los oyentes» (R. D. MIDDLETON, *The Vicar of St. Mary's, John H. Newman: Centenary Essays*, London 1945, 136).

El consejo personal, las exhortaciones confidenciales, el ánimo espiritual y humano infundido directamente por Newman a discípulos, alumnos, feligreses, amigos y conocidos de diverso carácter y circunstancias eran cauces habituales de su benéfica influencia. Sin olvidar desde luego el estilo de su docencia académica, atento a la verdad de las cosas, y respetuosa siempre con las personas.

Era una influencia personal y directa sobre cientos y cientos de hombres y mujeres. Un testimonio elocuente –entre muchos– de este influjo singular pudo ofrecerlo un amigo de juventud, llamado Mark Pattison, que permaneció anglicano hasta su muerte, pero que consideraba el encuentro con Newman en Oxford como el más decisivo de su vida. En el año 1856, Pattison escribía a su antiguo amigo:

«No exagero si digo que a la influencia moral e intelectual recibida de ti, debo la formación de mi mente y la profunda impresión espiritual que me ha llevado adelante en medio de pruebas no comunes».

El mismo Pattison reitera su pensamiento, poco antes de morir en 1883, en los siguientes términos:

«Puedo todavía decir en verdad que he aprendido más de ti que de cualquier otra persona de las muchas con quienes he tenido contacto».

La influencia personal ejercida por Newman se manifiesta también en el seguimiento, prácticamente incondicional, de que le hacían objeto innumerables personas. Con ocasión de unas acusaciones calumniosas acerca de su ortodoxia, difundidas por un periódico eclesiástico católico, se redactó un escrito de solidaridad y adhesión, que iba suscrito por más de doscientos laicos bien conocidos. Otro periódico que comentó esto hecho decía:

«Nobles y Comunes, católicos hereditarios y conversos, ingleses e irlandeses, conservadores y liberales... no podemos pensar ninguna otra persona en cuyo favor hubiera sido posible conseguir tan amplia manifestación de apoyo».

En las relaciones personales e institucionales, Newman amaba y practicaba el “juego limpio”, el *fair play* al que alude con frecuencia la sociología británica. Era enemigo radical del doble juego, la intriga y la trapisonda, o el engaño que podía ser corriente en algunos medios civiles y eclesiásticos, *propter regnum coelorum*. Es un rasgo de su carácter nítido, que va muy unido a la ausencia de toda mundanidad que siempre fue una constante en su modo de pensar y de obrar.

Este modo de ser era bien conocido por quienes le trataban directamente, y había llegado a ser percibido por muchas personas de buena voluntad y amplitud de

miras. Ante la difusión de rumores, habladurías y desprecios que afectaban al buen nombre de Newman, y consiguieron en ocasiones impedir algunas de sus iniciativas educativas, el obispo de Liverpool, Alexander Goss, se lamentaba en términos dolidos y emocionados.

«¿Qué ha hecho Newman –decía Goss en una carta al obispo de Birmingham– para ser apartado de modo tan despectivo?». El mismo prelado caracterizaba a Newman como un «gran campeón, demasiado humilde y retirado para defenderse a sí mismo» y consideraba «lamentables» los esfuerzos para desprestigiar un nombre que «estaba sin mancha».

Cuando en mayo de 1873 falleció su gran amigo el católico converso James R. Hope, Newman pronunció en Londres la homilía del funeral, que él mismo quiso titular «En el mundo pero no del mundo». Estas palabras, que desean retratar lo esencial de un buen cristiano, reflejaban no solo la conducta del amigo muerto sino también la de Newman.

Newman propone un ejemplo vivo de la unión que ha de ocurrir en la existencia del hombre cristiano entre la santidad y el saber. Ambos se encarnan en su persona en un alto grado de intensidad. Siempre se ha reconocido lo excepcional y elevado de su inteligencia y su distinguida dedicación a la causa de la verdad. La

reciente beatificación el 19 de septiembre en Birmingham por el Papa Benedicto XVI, ha proclamado además solemnemente en la Iglesia y en el mundo la entrada formal de Newman en la comunidad de santos y santas de Dios a quienes la Iglesia rinde culto público en el ámbito de su liturgia.

Newman puede ser así equiparado a hombres de Iglesia como Agustín de Hipona, entre otros, que unieron en sus vidas la santidad y el saber. Llegará sin duda el momento en que la Iglesia lo cuente oficialmente entre sus doctores, un título que ya se le atribuye de hecho.

Hemos nombrado en estas páginas algunos rasgos de carácter y acción que convierten a Newman en un personaje actual y resaltan su significado para la Iglesia y los cristianos en este momento de la historia. La obediencia a la voz de Dios, que invita en lo interior a la renovación de la vida; el sentido de adoración que es fruto de la fe y el amor; el influjo personal como vía decisiva en la difusión del Evangelio dentro de un mundo que en gran medida ha dejado de ser cristiano, la limpieza y honradez en las relaciones interpersonales que es propia de los hijos del Reino. Hay aquí un retrato espiritual que cuadra con lo que deben ser los hombres y mujeres cristianos de hoy.

NEWMAN Y LA UNIVERSIDAD

Alejandro Llano

Entre lo mucho que el Beato John Henry Newman puede enseñarnos hoy día, se encuentran sus ideas sobre la Universidad o, por decirlo con sus propias palabras, tomadas del título de su libro sobre el tema, su «*Idea de una Universidad*».

La conexión de Newman con la Universidad no es esporádica o circunstancial. Desde luego, no se limita a los Discursos que pronunció en Dublín en 1952, como preparación a la que debería de ser la Universidad Católica de Irlanda. Estos discursos, traducidos y prologados por el Profesor José Morales son interesantísimos y de obligada lectura para quienes trabajamos en una universidad, y sobre todo –me atrevería decir– para los que trabajamos en la Universidad de Navarra.

La aventura vital de John Henry Newman está, desde su mismo inicio, vinculada a la universidad. El Newman que hoy conocemos se hizo en la Universidad de Oxford y contribuyó decisivamente a configurar la que hoy valoramos como una de las mejores universidades del mundo.

Newman se hace en Oxford como teólogo y como hombre de Iglesia, como pastor cristiano, como predicador y como escritor. Él mismo pudo decir: «Oxford me hizo católico». Y esto es, me parece, lo primero que nos enseña su vida: que la Universidad no es un lugar por el que se pasa, sino que ha de ser una institución que pasa por nosotros. La vocación y la conversión del nuevo beato serían impensables sin el ambiente universitario del que él bebió, y al que contribuyó de una manera sustancial.

Entre lo más importante que hizo el joven Newman en Oxford se encuentra su lectura en griego de los padres de la Iglesia, gracias a una edición completa y barata que un colega le compró en Alemania. Su único defecto era –nos dice John Henry– que los libros resultaban demasiado anchos para colocarlos en su biblioteca. Ciertamente, leer es una de las tareas más relevantes que se han de hacer en una Universidad; lo cual es válido para los estudiantes y, más aún, para los profesores. El buen universitario ama los libros y se encuentra en las bibliotecas como en su elemento. No cree en la «muerte del libro» a manos de los ingenios electrónicos; pero, en todo caso, pensar en la desaparición del gran vehículo de la cultura durante siglos le produce tristeza, porque sospecha que con el continente quizá desaparezca buena parte del contenido (también por aquello de que «el medio es el mensaje»).

Newman lee a los padres griegos y de ellos saca una idea fundamental, que inspirará su teología e influirá

decisivamente en su conversión: que la doctrina cristiana tiene que ser evolutiva para estar viva, que se tiene que desarrollar como un organismo. El desarrollo de tal doctrina –que era para los anglicanos el gran obstáculo que la Iglesia Católica presentaba– se convierte para Newman en un motivo de credibilidad. Los anglicanos apostaban por la antigüedad, mientras que los católicos encontraban su fortaleza en la universalidad: «*Securus iudicat orbis terrarum*» (sentencia de San Agustín que le llega a Newman a través del cardenal Wiseman). Pero el estudio de los padres griegos y de las vicisitudes doctrinales en que se ven envueltos al hilo de los primeros concilios ecuménicos acaban por revelar al joven profesor de la Universidad de Oxford que son los católicos los que precisamente se han mantenido fieles a la tradición antigua y auténtica de la Iglesia, mientras que los anglicanos se asimilarían más bien a los disidentes que abrazaron diversas herejías. La actitud protestante de intentar detener la evolución homogénea del dogma en un momento histórico dado revela –como ha señalado Ratzinger– un pesimismo de fondo difícilmente compatible con la fe en la índole sobrenatural del cristianismo.

La lectura que Newman hace de los Padres griegos es una lectura universitaria: científica, objetiva, crítica, no simplemente piadosa. Es una lectura independiente, en la que no se busca la coincidencia con otras posturas, sino pura y simplemente la verdad. John

Henry acude a los textos de los Padres sin prejuicios, con una completa apertura intelectual.

Newman es un enamorado de la verdad. Esta es la principal seña de identidad de todo universitario y lo primero que Newman tiene que enseñarnos hoy, en un momento en el que la búsqueda de la verdad, en las universidades de casi todo el mundo, ha quedado sofocada por otros intereses de tipo económico, técnico, profesional y político. La palabra «verdad» era un término obligado en todo discurso universitario serio hasta hace relativamente poco tiempo. Hoy, sin embargo, en largos y minuciosos proyectos de innovación educativa, que pretenden unificar la vida académica de muchos países, la palabra clave no comparece ni una sola vez. Ha sido sustituida por voces de una nueva jerga: empleabilidad, competencia, adaptabilidad, internacionalismo, eficacia...

Como tutor de un College de Oxford, lo que a Newman le interesaba era que allí los estudiantes se formaran intelectualmente en un clima que no fuera oportunista ni sectario. Se enfrentó con gran valentía a la opinión dominante en la Universidad y en su College, que era dócil y pragmatista, y esto le costó, a la larga, su posición académica. Tuvo que abandonar Oxford y ese desprendimiento fue heroico. Estaba enamorado de Oxford, pero amaba más aún la verdad. Este proceso interior –intelectual y espiritual– acaba por identificarse con el itinerario de su conversión al cristianismo, como se evidencia en un libro maravilloso, que todo

universitario actual debería leer: *Apología pro vita sua* (en la edición con traducción y notas de Víctor García Ruiz y José Morales).

No era un sabio encerrado en su caparazón. Siendo tímido de carácter, fue el más activo y audaz promotor del Movimiento de Oxford, cuya influencia en el cristianismo inglés y en la vida universitaria llega hasta nuestros días. Me acuerdo en este momento de un pensamiento del Fundador de la Universidad de Navarra (en *Camino*, n. 34): «No tengas miedo a la verdad, aunque la verdad te acarree la muerte». A Newman ese amor a la verdad le deparó la muerte académica y civil, pero al mismo tiempo ha sido su gloria y la raíz de su extraordinaria influencia como uno de los pensadores clave del mundo contemporáneo.

Se ha dicho que el Newman universitario no estaba interesado por la investigación, porque no habla de ella, o habla muy poco, en sus Discursos sobre la Universidad. Pero en eso también podemos inspirarnos hoy, porque, más que hablar de investigación, lo que hizo fue ejercerla con una lucidez y un rigor extraordinarios. La bibliografía de Newman llena varios estantes de una biblioteca universitaria y muy pocos autores de los dos últimos siglos pueden parangonarse con él en cuanto a originalidad y profundidad de su pensamiento.

El desmedido énfasis actual en la investigación universitaria tiene, me temo, un origen primordialmente

pragmático. Por de pronto, la investigación –tal como se entiende– parece que es fácil de medir. Y es el dato fundamental para elaborar algo tan arbitrario como los *rankings* universitarios. Digo arbitrario porque, por ejemplo, las revistas filosóficas alemanas, que probablemente son las mejores del mundo no están (favorablemente) indexadas, porque no se publican mayoritariamente en inglés y se las considera como publicaciones de interés local (lo cual indica un etnocentrismo que, dicho con todos los respetos, es digno de la vieja *Commonwealth* y de ciertos restos del imperialismo americano); y además las revistas alemanas no incluyen *papers*, sino unos textos mucho más serios que los *papers* convencionales: antes se los llamaba «artículos». Pero hay una razón todavía más importante, y es que la investigación de las grandes universidades está subvencionada por las grandes empresas multinacionales, con lo cual su interés preferente no siempre es la expansión del conocimiento, sino el provecho económico de las compañías y de las propias universidades. La investigación universitaria debe estar orientada hacia el descubrimiento de la verdad y, en último término, hacia la educación de las jóvenes generaciones. Lo cual tiene poco que ver con esas máquinas de conseguir dinero en que se han convertido algunas instituciones académicas.

Siendo un gran investigador, el interés de Newman por la Universidad se centra en la educación. Y a mí me parece que este orden de valores, en el que la

educación se considera como el objetivo genuino de la Universidad, es quizá el más auténtico, y en todo caso el más urgente de promover hoy día. Porque se da la circunstancia de que, en algunas que suelen contarse entre las mejores universidades del mundo, la enseñanza que se imparte a los *undergraduates* es claramente mediocre, según han reconocido incluso algunos de sus rectores. Y esto, por no hablar de la formación ética, que brilla por su ausencia.

Como es bien sabido, el beato Newman es el gran promotor de la *educación liberal*. Es curioso recordar que, cuando Newman quiere resumir toda la labor de su vida, como lo hace en el *biglietto speech* —la breve nota que le sirve de guión en la colación de su nombramiento como Cardenal de la Iglesia Católica—, afirma que a lo largo de su discurrir terreno su propósito ha sido sobre todo combatir el liberalismo. ¿En qué sentido combate Newman el liberalismo? La respuesta inmediata es ésta: en el sentido del indiferentismo en materia religiosa. Trasladado al ámbito universitario, esa actitud liberal es la que procura —y trata de establecer— que los estudios superiores no estén contaminados de nada que tenga que ver con confesiones religiosas determinadas, ni con las ideas metafísicas derivadas de estas confesiones o acordes con ellas. Es lo que hoy muchos pretenden identificar con la «libertad académica», pero que en realidad responde a lo «políticamente correcto» que, a su vez, se inspira en un conjunto de ideas muy determinadas y férreamente impuestas. La ortodoxia

vigente hoy en algunas universidades es más inflexible que la que podría responder a la inspiración cristiana de una universidad que todavía la defiende.

Que esta crítica del liberalismo no está superada, y que no se refugia hoy día en ambientes tradicionalistas o fuertemente conservadores, se puede evidenciar en el libro de Jürgen Habermas sobre *El futuro de la naturaleza humana*, cuyo subtítulo cuestiona precisamente la «eugenesia liberal». De manera que es precisamente en este momento histórico cuando la postura de Newman, que nada tiene de clerical ni de autoritaria, presenta un interés más evidente. Porque las ideas liberales son las que se están imponiendo en cuestiones que tienen que ver con la vida humana y con el futuro de nuestra especie: justamente los temas que Habermas trata en su libro. Sería una lástima que se fuera comprobando que el ambiente más característico de las universidades del siglo XXI consiste en que las cuestiones fundamentales resultaran invisibles para los estudiantes e incluso para los profesores.

Para Newman, el sentido positivo de *liberal*, aplicado a la educación, quiere decir sencillamente *libre*, en el sentido de que la educación no ha de quedar subordinada a ninguna otra finalidad. Lo que se propugna es el valor del conocimiento, de la ciencia, del saber, no ordenado a un fin ulterior, al menos no subordinado esencialmente, programáticamente. Lo propio de la Universidad —en la línea de la Academia platónica o de las escuelas humanistas medievales— es

preocuparse del saber mismo, sin sesgos pragmatistas. Se podría pensar que esto es algo que hoy día nadie aceptará. Pero al mismo tiempo, se ha de reconocer que no hay nada que debiera ser más valorado en la llamada *sociedad del conocimiento*.

Otra característica básica de la educación liberal propugnada por Newman es su carácter interdisciplinar en sentido estricto. No se trata de que se impartan de hecho todas las disciplinas sino que las distintas ciencias se enseñen y se cultiven entreveradas, enlazadas (como epistemológicamente lo están cada vez más), lejos de todo especialismo estrecho y contraproducente, que crea tecnócratas y funcionarios, pero no innovadores, personas creativas que realmente hacen progresar el saber y sirven a la sociedad por encima de ideologías, bandos o intereses de parte.

Ninguno de los grandes problemas actuales puede ser abordado por la actual galaxia académica de disciplinas aisladas. La crisis económica es el aspecto más notorio de esta impotencia. Si comparamos la universidad del siglo XXI con la del siglo XIX, o primera mitad del XX, nuestra situación actual no sale muy bien parada. Uno de los aspectos más tristes de la crisis actual es que de las universidades no ha salido, que yo sepa, ninguna propuesta innovadora para superar el atasco social y político en el que nos encontramos; y, es más, no pocas veces lo que algunas universidades han dejado traslucir es que en ellas predomina el capitalismo materialista más convencional.

Claro aparece que la interdisciplinariedad no equivale a la acumulación o yuxtaposición de especialidades cada vez más angostas y tendencialmente más aisladas. La interdisciplinariedad implica un orden y una jerarquía. Ordenación que no es posible si no se adscribe un lugar preferente a la Teología que, como dice Newman, es una ciencia «más amplia y noble que cualquiera de las incluidas en el ciclo de la educación profana». No hay verdadera universidad sin teología, tanto filosófica como religiosa, porque entonces no se estudia lo fundamental, lo que confiere radicalidad y unidad al entero panorama de las ciencias. Conviene releer un texto inequívoco –y, a mi juicio, inapelable– del propio Newman: «Si las diversas ramas del saber, que son objeto de la enseñanza en una Universidad, se interrelacionan de tal modo que ninguna puede ser olvidada sin perjuicio de la calidad del resto, y si la Teología es una rama de ese saber, de amplia recepción, estructura filosófica, indescriptible importancia e influjo máximo, llegamos fácilmente a la conclusión de que retirar la Teología de la Universidad equivale a perjudicar la perfección y a invalidar la fiabilidad de todo lo que se enseña en ese centro universitario».

John Henry Newman, como su compatriota Tomás Moro, es un hombre para todo tiempo; y especialmente para nuestra época, que está sedienta de concepciones hondas del conocimiento y de la acción. A su vez, la Universidad es una institución que también parece pensada para una coyuntura histórica en la que se

ha hecho patente la decisiva importancia del saber y de la educación, pero en la que no se acaba de encontrar el modo de que el conocimiento teórico y práctico contribuya al enriquecimiento y dinamización de la sociedad. Por todo ello, Newman es hoy el mejor amigo y patrón de los universitarios.

* Intervenciones de estos tres profesores de la Universidad de Navarra (José Morales, de la Facultad de Teología; Víctor García Ruiz y Alejandro Llano, de la Facultad de Filosofía y Letras) en el Seminario titulado *Newman, hoy*; organizado por el Instituto de Antropología y Ética, y celebrado el 14.X.2010 en el Edificio Central de dicha universidad.

Especialmente José Morales y Víctor García Ruiz son reconocidos especialistas en la figura y pensamiento de J. H. Newman, así como traductores y editores de numerosas obras newmanianas.